

Vivo en Álora desde hace seis años. Estoy felizmente casado con una “Perote” auténtica y en su momento decidimos instalarnos y vivir nuestras vidas aquí. La verdad es que ha resultado una decisión totalmente acertada, cuyos motivos no voy a relatar ya que son de sobra conocidos por mis convecinos, además pienso que no hace falta hablar del maravilloso clima (salvo algunos pocos días de terral en verano), la belleza de los paisajes y la calidad humana que descubro y encuentro cada día que pasa.

Al principio tenía dudas sobre si mis hábitos encajarían, nunca antes había vivido en una ciudad donde todo es accesible andando. Afortunadamente encontré ayuda y orientación en todas y cada una de las personas a las que acudí.

Reconozco que Álora me sorprendió y sigue haciéndolo agradablemente, lo cual me lleva a sentirme tremendamente cómodo y cada día que pasa un poco más integrado.

Hoy en día tengo la vida organizada mediante “las caminatas por los alrededores”, “los mandaos”, “el Club de Lectura”, “las Piscinas de invierno y verano” y “La Peña Flamenca”.

Vi Álora por primera vez desde la carretera que accede por la calle Carmona, el Castillo, como un enorme espolón en la proa de un gran barco y cuya amura de estribor la forman las casas colgadas del tajo. Protegido todo por la sombra de un Hacho imponente y majestuoso. Tal visión me produjo un estado de ánimo de moderada satisfacción y propició un deseo de absorber en mí ser, tal belleza.

Después de unos días, una vez instalados, empecé a deambular, primero por las calles, descubrí rejas y balcones (todos los hierros con sus matices y todos distintos), puertas diseñadas con la misma sensibilidad y tan características; fachadas y recovecos, calles con aceras desniveladas, largas escaleras de esforzada subida y difícil bajada, rampas, cuestas y sobre todo calles rebosantes de vida. Aprendí que los lunes se convertía en capital de la comarca y que la Fuente Arriba poseía la fuerza de los “Down Town” americanos.

Cuando descubrir se hizo más difícil, comencé las caminatas. Primero hacia Flores, cuando cogí fondo, pasados unos días osé llegar hasta “Los conejitos”, tardé..., tardé bastantes días en conseguirlo, ya que el sistema que me impuse fue el de

incrementar mis paseos cinco minutos cada día. Después Canca, el Hacho, los Llanos y ahora lo hago aleatoriamente, dependiendo de cómo esté el día y mi estado de ánimo.

Nunca antes había disfrutado tanto de pasear, he aprendido, ahora mis sentidos ven, miran y captan el olor del azahar, de las estaciones, el rocío de la mañana, la niebla, la lluvia y el sol. Contemplo panorámicas y rincones de simple y gran belleza natural, otros en los que la mano del hombre ha construido y dominado la tierra, en sus campos, huertos y naranjos; observo las caprichosas formas que ha dotado la naturaleza a los almendros, encinas, pinos; Me asaltan las flores humildes pero no exentas de belleza y la fuerza de las plantas para arraigar un diminutos huecos de la piedra. Siempre había sido un “urbanita”.

Ahora, ya no lo soy y que orgulloso y contento estoy.

Creo que seguiré paseando siempre.

Otro aspecto de mi vida en Álor son “los mandaos”. ¡Qué diferencia, que sabiduría, que arte, tienen los mandaos! Descubrí las normas básicas poco a poco, al principio era un “bulla”, lo compraba todo de golpe y a ser posible en el mismo comercio, ¡Que error!

Despacio, poco a poco fui desarrollando esta capacidad. El Mandao tiene que ser de desarrollo tranquilo, acompasado al ritmo del día, paciente y sosegado si hay calor, rápido y directo si hace frío o llueve, pero siempre moderado en su objetivo, eso es, no más de una compra y en un comercio distinto cada vez.

Creo una relación especial en cada sitio que se visita, las frutas y verduras en “la Faenera” o “Las Niñas”, los huevos y pollería en “la Pollera”, los desavíos y exquisiteces en el “Todo Todo” o el “Covirán”, los avíos del puchero en las carnicerías de la “Plaza” o en “Campisa”, las medicinas en la farmacia de “Marifló”, la primitiva en el “Callejón”, las revistas en “Maruchi”, la prensa en el “quiosco de la Cancula”, el tabaco en los estancos de la “Plaza”, el “Callejón” o “La Cancula”, el pan en el “Mimbre”, los pasteles en la calle “Carmona” y el pescado en “Dolores”.

Mención aparte es la peluquería, regida por los dos hermanos, excelentes profesionales y guardianes y animadores del “foro” que al igual que en las antiguas

ciudades clásicas, permite la difusión de noticias, intercambio de pareceres, descanso para la meditación y fuente de creatividad para historias, chistes, chismes y chascarrillos.

Imprescindible es saludar y en ocasiones parar a saludar: “¿Qué haces?”

Este ha sido uno de mis grandes errores, que ahora entiendo, despistaban y descolocaban a los saludados, ya que mi fórmula era ¿Cómo estás? Afortunadamente ya no pregunto por la salud, estado de ánimo o situación, ahora ya sé que no existe fórmula más neutra, correcta y educada que el ¿Qué haces?

Todo se acaba aprendiendo.

Mi natural curiosidad y el hecho de poseer carnet de lector de las bibliotecas de la Junta, me llevo a visitar la biblioteca. Como todos sabéis está ubicada en el edificio del ayuntamiento en La Cacula, en el primer piso, subiendo a la izquierda. Entré una mañana soleada y encontré una sala diáfana y luminosa, muy bien estructurada y con mucho público. Inmediatamente una joven muy amable se me acercó preguntándome que deseaba. Ese fue el inicio de una excelente relación con Eloísa, Bibliotecaria y Archivera de Álora. Activé mi tarjeta de lector y comencé a disfrutar de la lectura en esta modalidad; pasados unos meses y por la acción persuasiva y profesional de ella, entré en el “Club de Lectura”.

La mayoría de los lunes, excepto jornadas festivas, locales y nacionales y periodos vacacionales, sobre las seis y media de la tarde se reúne el club. ¡Qué gran acierto fue el incorporarme! Ahora que estoy plenamente integrado en su dinámica, leo, analizo, escucho otros análisis, debato y participo. Otro aspecto no menos importante es lo que denomino la “tertulia”, a veces los libros que estamos leyendo tienen suficiente enjundia para que los comentarios expuestos, compartidos y debatidos duren toda la sesión (García Márquez, Ken Follett, George Orwell, Eduardo Mendoza, etc.), pero en otras ocasiones no es así y la sesión se transforma en otra cosa muy divertida, donde la hilaridad, el buen rollo y el humor toman su cauce, es en estos momentos cuando la profesionalidad de la bibliotecaria y animadora hace su impronta, reconduciéndonos hacia el objeto de la sesión, consiguiéndolo la mayoría de las veces y desistiendo cuando su probada inteligencia capta la inutilidad del esfuerzo.

Nuestro club, supongo que como todos, tiene su propia personalidad.

Uno de sus principales rasgos es su composición, unas doce mujeres y dos hombres (Juan García Escudero y yo). Ahora estamos intentando la incorporación de un nuevo hombre, tarea harto difícil (a algunos les impone y no se acaban de decidir).

Me contaron en cierta ocasión el comentario de varias señoras viudas y algo mayores:

-“Sabes, en Álora si eres viuda o estás sola no te aburres, puedes ir al club de lectura”-.

La verdad es que su composición es bastante heterogénea, tenemos cuatro nacionalidades, danesa, belga, galesa y española. Gracias al esfuerzo de cohesión de la coordinadora, las edades de los componentes van desde los cuarenta y poco hasta más arriba, ello nos enriquece a todos, por los distintos puntos de vista y la dialéctica que aportan la edad, nacionalidad, vivencias, formación, etc.

Me siento parte integrante y disfruto con sus sesiones.

Primero fue por necesidad y luego sigue siendo por placer, ahora produzco adrenalina y me siento muy bien.

Descubrimos la piscina de invierno o “climatizada” justo cuando se puso en marcha, al principio fue muy conveniente y ventajoso para mi esposa, dada su enfermedad, desgraciadamente ahora no puede continuar.

Que lujo de instalaciones y que profesionalidad la de su personal. Nunca había estado en una piscina con vistas panorámicas y ahora dudo que me pueda sentir cómodo en una sin vistas. Dado mi exceso de sobrepeso, en casi todos los largos que culmino, me paro a respirar un ratito y es entonces cuando disfruto en extender mi visión a través de las cristaleras, del techo al suelo, sobre el valle y las colinas. Ello me da fuerza y ánimos para continuar.

Además cuento con el “personal coacher” Antonio, quién intenta, la mayoría de las veces sin lograrlo, estimularme y conseguir que realice un mayor y mejor esfuerzo

físico. Es un gran profesional y cuando da clases colectivas a distintos grupos de mujeres se le ve más animado.

Otros compañeros de natación conforman esta pequeña sociedad que hemos desarrollado, casi a todos nos va muy bien descansar un poquito después de cada largo y es en ese momento donde entablamos, cada uno en su sitio dentro de la piscina, interesantes intercambios de puntos de vista. Por su parte Antonio, si bien nos suele escuchar, interviene recordándonos “a lo que hemos venido” e interrumpe inmisericordemente nuestras pláticas.

Reconozco que me queda mucho camino que recorrer hasta conseguir tener un buen estado físico, en ello estoy.

En verano, cambiamos, se cierra la piscina climatizada, no tiene ningún sentido mantenerla activa con sus costes y se abre la piscina de verano.

Esta es más populosa y con más tradición, llevará alrededor de cincuenta años abierta todos los veranos. Además en los meses de estío los baños al aire libre son más refrescantes y gratificantes.

Dice un amigo que frente a la vehemencia de Antonio, nuestro común entrenador durante todo el año, que hay que escuchar sus consejos y recomendaciones y a partir de ahí, seguir haciendo lo que uno hacía. No es desconsideración es aprecio y sabiduría.

Difícilmente uno puede apreciar lo que desconoce. Y este era y sigue siendo, aunque ahora algo menos, mi relación con el cante grande.

Conocía como todo el mundo algo de Camarón, algunas rumbas y poco más. Fue aquí en Álora donde empecé a interesarme, leí algunas publicaciones, investigué en internet y me acerqué a la Peña Flamenca de Álora, cuna de la Malagueña.

Ahora ya soy socio de número, aunque sin número (se está organizando lo del número).

He hecho nuevos amigos y sigo estudiando los palos del flamenco, nunca me hubiera imaginado que pudiera haber setenta y dos reconocidos y muchísimas

variedades de algunos de ellos, del Fandango se cuentan más de ciento cincuenta. Tengo tarea para largo.

La Peña es genuina por muchos motivos, primero el vínculo común que une a todos los socios y simpatizantes en el amor por el cante. Después y a otros niveles están las veladas, los sábados flamencos, las tertulias y el Festival de Cante Grande que se celebra en verano.

Me sigue produciendo desconcierto, admiración y gran satisfacción escuchar a personas conocidas, al interpretar diferentes cantes y toques. Algunos con más personalidad y carácter que otros, pero todos sin excepción logran que me vaya introduciendo en este arte con verdadero placer.

La Peña está increíblemente bien organizada, su estructura aunque formal en sus cargos, es totalmente informal en sus realizaciones. Ello me encanta y permite disfrutar de la espontaneidad y la riqueza de las aportaciones puntuales y personales.

Hay tareas que se consiguen realizar más por tesón que por planificación, pero el resultado es lo que cuenta y en Álora tenemos la mejor Peña Flamenca del mundo y si alguien opina lo contrario le invito a que venga y lo vea.

Por todas estas razones estoy viviendo en Álora y disfrutándolo, Dios quiera que muchos años más.

Gabriel Camps.

Marzo 2016.